

PAUL VIRILIO

115

V818 v. E

C↓

La velocidad de liberación

Ensayo

BIBLIOTECA
LEONIDAS MORALES T.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

MANANTIAL

Donación prof. Leonidas Morales. junio 2022 -

EL TERCER INTERVALO

"Sin haber partido, ya no se está allí."

NICOLÁS GOGOL

Masa crítica, instante crítico, temperatura crítica... es menos corriente escuchar hablar de *espacio crítico*. ¿Por qué razón? si no es porque no hemos asimilado todavía la relatividad, la propia noción de espacio-tiempo.

No obstante, el espacio, la extensión crítica, están desde ahora en todas partes, a consecuencia de la aceleración de los medios de comunicación que *borran el Atlántico* (el Concorde), *reducen a Francia a un cuadrado de una hora y media de lado* (el Airbus)*, o, incluso, de ese *TGV** que le gana tiempo al tiempo*: esos diferentes lemas publicitarios que señalan perfectamente la retención del espacio geofísico del que somos los beneficiarios, pero a veces también las inconscientes víctimas.

En cuanto a los medios de telecomunicación, no satisfe-

* Avión subsónico que puede transportar gran cantidad de pasajeros [n. del t.].

** Siglas de *Train à grande vitesse*, "Tren de gran velocidad" [n. del t.].

chos con reducir la extensión, suprimen además toda duración, toda dilación en la transmisión de los mensajes, de las imágenes...

Revolución del transporte de masas en el siglo XIX, revolución de las transmisiones en el siglo XX: una mutación y una conmutación que afectan a la vez al espacio público y al espacio doméstico, al punto de dejarnos en la incertidumbre en cuanto a su realidad misma, puesto que a la urbanización del *espacio real* suceden, en este momento, las primicias de una urbanización del *tiempo real*, con las tecnologías de la teleacción y ya no sólo con las de la clásica televisión.

Este brusco traslado de la tecnología, del ordenamiento de las infraestructuras del espacio real (puertos, estaciones, aeropuertos...) al control del medio ambiente en tiempo real, en virtud de las teletecnologías interactivas (telepuertos...), re-nueva hoy la dimensión crítica.

En efecto, la cuestión del *instante real* de la teleacción instantánea nos replantea los problemas filosófico y político, tradicionalmente unidos a las nociones de ATOPIA y de UTOPIA, en favor de lo que se denomina ya la TELETOPIA, con las muchas paradojas que se manifiestan aquí; por ejemplo:

REUNIRSE A DISTANCIA, o, aun, ESTAR TELEPRESENTE aquí y en otro sitio *al mismo tiempo*, en ese pretendido "tiempo real" que no es, sin embargo, otra cosa que un espacio-tiempo real, porque los distintos acontecimientos tienen efectivamente *lugar*, aun cuando finalmente ese lugar es el no lugar de las técnicas teletópicas (interfaz hombre/máquina, isla de edición o cabina de control de las teletransmisiones...).

Teleacción inmediata, telepresencia instantánea... gracias a los nuevos procedimientos de la teledifusión o de la teletransmisión, el *actuar*, el famoso tele-actuar a distancia del control remoto es facilitado aquí por las performances límite del electromagnetismo y por las visiones radioeléctricas de

lo que en adelante se denomina la ELECTROÓPTICA; siendo las facultades perceptivas del cuerpo del individuo transferidas, una tras otra, a máquinas, pero especialmente, desde hace poco, a captores, a sensores y a otros detectores capaces de suplir la falta de tactilidad a distancia, disponiéndose el *control remoto generalizado* a completar la *televigilancia permanente*.

Lo que se torna crítico no son ya tanto las tres dimensiones espaciales, sino la cuarta, la dimensión temporal, más exactamente la del PRESENTE, porque, según se verá más abajo, el "tiempo real" no se opone, como lo pretenden los especialistas en electrónica, al "tiempo diferido", sino al solo "presente".

Como lo expresaba tan bien Paul Klee, "definir aisladamente el presente, es matarlo". Es lo que hacen las teletecnologías del tiempo real: matan el tiempo "presente" aislándolo de su aquí y ahora, en favor de un "en otro sitio" conmutativo que no es ya el de nuestra "presencia concreta" en el mundo, sino el de una "telepresencia discreta" cuyo enigma permanece intacto.

Cómo no comprender hasta qué punto esas radiotécnicas (de la señal digital, de la señal video y de la señal radio) han de trastornar mañana no solamente la naturaleza del medio ambiente humano, de su *cuerpo territorial*, sino, sobre todo, la del individuo y la de su *cuerpo animal*, puesto que el ordenamiento del territorio por pesados equipamientos materiales (rutas, vías férreas...) cede hoy el lugar al control del medio ambiente *imaterial*, o poco menos (satélites, cables de fibra óptica), que llega hasta el *cuerpo terminal* del hombre, de ese ser interactivo al mismo tiempo emisor y receptor.

De hecho, la urbanización del tiempo real es primeramente la urbanización de ese *cuerpo propio* conectado a diversas interfaces (teclado, pantalla catódica y guante o traje de da-

tos...), prótesis que convierten al válido sobreequipado en el equivalente casi perfecto del inválido equipado.

Si la revolución de los transportes del siglo pasado había sido testigo de la emergencia y de la popularización progresiva del vehículo dinámico automóvil (tren, motocicleta, auto, avión...), la actual revolución de las transmisiones esboza a su vez la innovación del último vehículo, el vehículo estático audiovisual, advenimiento de una inercia comportamental del receptor/emisor, paso de esa famosa *persistencia retiniana* que hace posible la ilusión óptica de la proyección fílmica, a esa *persistencia del cuerpo* de ese "hombre terminal", condición de posibilidad de la repentina movilización de la ilusión del mundo, de un mundo *entero*, telepresente en cada instante, transformándose el cuerpo propio del testigo en el último territorio urbano... proyección, en el cuerpo animal, de la organización social y de un condicionamiento en otro tiempo limitados al espacio de la Ciudad así como al de la morada familiar...

De este modo se percibe mejor la declinación de la unidad de población, esa familia ampliada y, después, nuclearizada, que se convierte hoy en monoparental, no siendo el individualismo tanto consecuencia de una liberación de las costumbres cuanto el efecto de la evolución de las técnicas del ordenamiento del espacio público o privado, porque cuanto más crece la ciudad y más tentacular se vuelve, tanto más decrece y se vuelve minoritaria la unidad familiar.

Siendo la reciente hiperconcentración MEGAPOLITANA (México, Tokio...) resultado de la acrecentada rapidez de los intercambios, parece necesario reconsiderar la importancia de las nociones de ACELERACIÓN y de DESACELERACIÓN (velocidad positiva o negativa según los físicos), pero también las menos evidentes de VELOCIDAD ACTUAL y VELOCIDAD VIRTUAL (velocidad de lo que sobreviene inesperadamente: crisis, accidente,

por ejemplo), para captar debidamente la importancia de la "transición crítica" de la que somos hoy impotentes testigos.

La velocidad, recordémoslo, no es un fenómeno sino la relación entre los fenómenos; dicho de otro modo, es la relación misma; de ahí la importancia de la constancia de la velocidad de la luz, no sólo en la física o en la astrofísica, sino en nuestra vida cotidiana, desde el momento en que ingresamos, más allá de la era de los transportes, en la organización y el *condicionamiento electromagnético del territorio*.

Eso mismo es la "revolución de las transmisiones", ese control del medio ambiente en tiempo real que reemplaza en lo sucesivo al tradicional ordenamiento de un territorio real.

En efecto: la velocidad no sirve únicamente para desplazarse con más facilidad; sirve ante todo para ver, para escuchar, para percibir y, por tanto, para concebir más intensamente el mundo presente. Mañana servirá además para actuar a distancia, más allá del área de influencia del cuerpo humano y de su ergonomía comportamental.

¿Cómo aprehender una situación así si no por la aparición de un nuevo tipo de intervalo, EL INTERVALO DEL GÉNERO LUZ (signo nulo)? De hecho, la introducción relativista de este tercer intervalo es, en sí, una especie de revelación cultural inadvertida.

Si el intervalo de TIEMPO (signo positivo) y el intervalo de ESPACIO (signo negativo) han ordenado la geografía y la historia del mundo, a través de la geometrización de los ámbitos agrarios (la parcelación) y urbanos (el catastro), la organización calendaria y la medición del tiempo (los relojes) han presidido asimismo una vasta regulación cronopolítica de las sociedades humanas. El muy reciente surgimiento de un in-

tervalo del tercer tipo señala, pues, para nosotros, un brusco salto cualitativo, una mutación profunda de la relación del hombre con el medio en que vive.

TIEMPO (duración), ESPACIO (extensión), en lo sucesivo inconcebibles sin la LUZ (velocidad-límite), la constante cosmológica de la VELOCIDAD DE LA LUZ, contingencia filosófica absoluta que reemplaza, a partir de Einstein, el carácter absoluto que hasta entonces Newton y muchos otros antes de él les habían atribuido al espacio y al tiempo.

Desde el inicio de este siglo, el absoluto límite de la velocidad de la luz *ilumina*, podría decirse, a la vez el espacio y el tiempo. Ya no es, pues, tanto la luz lo que ilumina las cosas (el objeto, el sujeto, el trayecto): es el carácter constante de su VELOCIDAD-LÍMITE lo que condiciona la apercepción fenomenológica de la duración y de la extensión del Mundo.

Escuchemos al físico hablar acerca de la lógica de las partículas: "Una representación es definida por un conjunto completo de observables que conmutan".¹ No se puede describir mejor la lógica macroscópica de las técnicas del TIEMPO REAL de esta repentina "conmutación teletópica" que completa y lleva a la perfección el carácter hasta ahora fundamentalmente "tópico" de la Ciudad de los hombres.

Así, el urbanista, pero también el político, vuelven a hallarse desgarrados entre las necesidades permanentes de la organización y de la construcción del espacio real, con sus problemas fundamentales, las restricciones geométricas y geográficas de lo central y de lo periférico, y las necesidades, nuevas, del ordenamiento del tiempo real de la inmedia-

1. G. Cohen Tannoudji y M. Spiro, *La matière-espace-temps*, París, Fayard, 1986.

tez y de la ubicuidad, con sus protocolos de acceso, sus "transmisiones de paquetes", sus virus y las restricciones cronogeográficas de lo nodal y de las redes interconectadas. Tiempo largo del lado del intervalo tópico y arquitectónico (lo inmueble), tiempo corto, ultra-corto, hasta inexistente, del lado del intervalo TELETÓPICO (la red).

¿Cómo resolver este dilema? ¿Cómo plantear estos problemas fundamentalmente espacio-temporales y relativistas?

Cuando se ven los sinsabores de las plazas financieras internacionales y los daños de la automatización instantánea de las cotizaciones, con ese *Program Trading* responsable de la aceleración de los desórdenes económicos —piénsese en la quiebra informática de octubre de 1987 y la de octubre de 1989, evitada por muy poco—, se comprenden concretamente las dificultades de la situación presente.

La TRANSICIÓN CRÍTICA no es, pues, una expresión vana: tras ella se esconde una verdadera crisis de la dimensión temporal de la *acción inmediata*. Tras la crisis de las dimensiones espaciales "enteras" en favor de la acrecentada importancia de las dimensiones "fraccionales", se asistirá, en suma, a la crisis de la dimensión temporal del instante presente.

Al servir en lo sucesivo el TIEMPO-LUZ (o, si se lo prefiriere, el tiempo de la velocidad de la luz) como patrón absoluto de la acción inmediata, de la teleacción instantánea, la duración intensiva del "instante real" predomina, de ahora en más, sobre la duración, el tiempo extensivo y relativamente controlable de la historia, esto es, de ese largo plazo que engloba aún pasado, presente y futuro. Es, finalmente, lo que podría llamarse una CONMUTACIÓN TEMPORAL, conmutación que se emparenta también con una especie de CONMOCIÓN de la duración presente, accidente de un instante supuestamente "real", pero que se desengancha repentinamente de su lugar

de inscripción, de su aquí y ahora, en favor de un deslumbramiento electrónico (a la vez electroóptico, electroacústico y electrotáctil), en el que el control remoto, el llamado "tacto a distancia", vendría a perfeccionar la antigua televigilancia de lo que se mantiene lejos, más allá de nuestro alcance.

Si, según Epicuro, *el tiempo es el accidente de los accidentes*, con las teletecnologías de la interactividad generalizada ingresamos en la era del ACCIDENTE DEL PRESENTE, no siendo la famosa telepresencia a distancia otra cosa que la repentina catástrofe de la realidad de este instante-presente que es nuestra única entrada en la duración, pero también, y todos lo sabemos desde Einstein, nuestra entrada en la extensión del mundo real.

Desde ese momento, el tiempo real de las telecomunicaciones no remitiría ya al solo tiempo diferido, sino en realidad a una *ultra-cronología*. De ahí mi propuesta, constantemente reiterada, de completar lo cronológico (antes, durante, después) con lo DROMOLÓGICO o, si se lo prefiere, lo CRONOCÓPICO (subexpuesto, expuesto, sobreexpuesto). En efecto: al suplantarse en lo sucesivo el intervalo del género luz (la interfaz) a los intervalos del espacio y del tiempo, la noción de exposición suplanta, a su vez, la de la sucesión en la medición de la duración presente y la de la longitud en la extensión inmediata.

Así, la velocidad de exposición del tiempo-luz podría permitir una reinterpretación del "presente", de ese "instante real" que es, no lo olvidemos, el espacio-tiempo de una acción bien real facilitada por las performances de la electrónica y, mañana, de la fotónica, esto es, por las capacidades límite de las ondas electromagnéticas y de ese *quantum* de luz, límite-frontera del acceso a la realidad del mundo perceptible (véase aquí el cono de luz de los astrofísicos).

La cuestión planteada hoy por las técnicas teletópicas es, pues, una cuestión fundamental para el planificador espacial, puesto que la urbanización del tiempo real permitida por la reciente revolución de las transmisiones culmina en una inversión radical en el orden del movimiento de desplazamiento y de transporte físico. En efecto: si el control a distancia permite la supresión progresiva de las infraestructuras materiales que equipaban el territorio, en favor del carácter fundamentalmente inmaterial de los trenes de ondas de la televigilancia y del control remoto instantáneo, es porque el TRAYECTO y sus componentes sufren una verdadera mutación/conmutación. Allí donde el desplazamiento físico de un punto a otro suponía ayer una partida, un viaje y una llegada, la revolución de los transportes ya había significado, en el siglo pasado, una supresión progresiva de la dilación y de la naturaleza misma del viaje, si bien la llegada a destino seguía siendo una "llegada restringida" por la duración misma del desplazamiento.

Actualmente, con la revolución de las transmisiones instantáneas, asistimos a las primicias de una "*llegada generalizada*", en la que todo llega sin que sea necesario partir, redoblándose, en este fin del siglo XX, la supresión del viaje (es decir, del intervalo de espacio y de tiempo) prudenada en el siglo XIX, con la eliminación de la *partida*, con lo que el trayecto pierde los componentes sucesivos que lo constituían, en beneficio de la sola *llegada*.

Una LLEGADA GENERAL que explica hoy la inaudita innovación del *vehículo estático*, no sólo audiovisual sino también táctil e interactivo (radio-activo, opto-activo, interactivo...).

Tal el "traje de datos" del estadounidense Scott Fisher, que trabaja para la NASA en la elaboración de un equipamiento del cuerpo del hombre para transferir, mediante cap-

La velocidad de liberación

tores y sensores, sus acciones y sus sensaciones; dicho de otro modo, su *presencia a distancia*, y ello sea cual fuere esa distancia, puesto que el proyecto de la NASA debería permitir la telemanipulación integral de un *doble robotizado* en el suelo del planeta Marte, concretándose así una efectiva telepresencia del individuo, aquí y allá al mismo tiempo, desdoblamiento de la personalidad del manipulador cuyo "vehículo" sería ese vector interactivo instantáneo.

Citemos otra frase premonitoria de Paul Klee: "En el espectador, la actividad principal es temporal".

Qué decir de la interactividad del *teleactor* si no que para él, como para el ahora clásico *telespectador*, la actividad ya no es tanto espacial cuanto temporal.

Abandonado a la inercia, el ser interactivo transfiere sus capacidades naturales de movimiento y de desplazamiento a sondas, a detectores que le informan instantáneamente de una realidad lejana, en detrimento de sus propias facultades de aprehensión de lo real, a ejemplo de ese parapléjico o trapléjico capaz de *teleguiar* su medio ambiente, su morada, modelo de esa domótica y de esos "inmuebles inteligentes" que responden a nuestros menores deseos. Así, el hombre *móvil*, y después *automóvil*, se habrá convertido en *móvil*, limitando voluntariamente el área de influencia de su cuerpo a algunos gestos, a algunos impulsos, como los del *zapping*.

Esta situación crítica es la de muchos discapacitados motores que se convierten así por la fuerza de las cosas —la fuerza crítica de las cosas de la técnica— en los modelos del hombre nuevo, de ese habitante de la futura ciudad teletópica, METACIUDAD de una desregulación social cuyo aspecto transpolítico aparece ahora, aquí y allá, en muchos accidentes mayores o incidentes menores, las más de las veces aún no explicados...

¿Cómo captar esta situación transitoria, esta "transición de fase", como dirían los físicos?

Escuchemos un análisis filosófico muy antiguo de Nicolás de Cusa: "Aunque el accidente desaparezca si se quita la sustancia, el accidente no es, sin embargo, pura nada. Si perece, es porque pertenece a su naturaleza de accidente el añadirse a otra realidad. El accidente aporta tanto a la sustancia que, aunque no recibe su ser sino de ella, *la sustancia no puede existir en ausencia de todo accidente*"².

Hoy, según hemos visto, la cuestión del accidente se ha desplazado del espacio de la materia al tiempo de la luz.

El accidente es, ante todo, *el accidente de transferencia* de la velocidad límite de las ondas electromagnéticas, velocidad que permite en adelante no sólo escuchar, ver, como era ya el caso con la telefonía, la radio o la televisión, sino hasta actuar a distancia, de donde la necesidad de un tercer tipo de intervalo (de signo nulo) para intentar aprehender el *lugar del no lugar* de una teleacción que ya no se confunde con el aquí y ahora de la acción inmediata.

El accidente de transferencia de la interactividad desemboca, pues, no solamente en una *transferencia de tecnología* entre comunicación en tiempo diferido y conmutación en tiempo real, sino, sobre todo, en una transferencia política que pone nuevamente en tela de juicio las nociones que están justamente en el corazón de nuestra época: la de *servicio* y la de *público*.

2. Giuseppe Bufo, *Nicolas de Cues*, París, Seghers, 1964.

En efecto: ¿qué queda de la noción de *servicio* cuando se está sometido a la servidumbre? Del mismo modo, ¿qué queda de la noción de *público* cuando la imagen pública (en tiempo real) prevalece sobre el espacio público?

Ya, la noción de transporte público cede poco a poco el paso a la de *cadena de desplazamiento*, prevaleciendo lo continuo sobre lo discontinuo... ¿qué decir de la conexión a domicilio de la domesticidad domótica, del inmueble, incluso de la ciudad inteligente e interactiva como Kawasaki, por ejemplo? La crisis de la noción de dimensión física afecta así directamente la política y la administración de los servicios públicos, afectando la antigua geopolítica.

Si el intervalo clásico cede el lugar a la interfaz, la política se desplaza a su vez en el solo *tiempo presente*. La cuestión no es, desde ese momento, la de lo GLOBAL por relación con lo LOCAL, o la de lo TRANSNACIONAL por relación con lo NACIONAL: es, ante todo, la de esa repentina conmutación temporal en la que desaparecen no sólo el adentro y el afuera, la extensión del territorio político, sino también el antes y el después de su duración, de su historia, en exclusivo favor de un INSTANTE REAL, respecto del cual, finalmente, nadie tiene poder. Para convencerse de ello, basta con observar los inextricables problemas de geoestrategia causados por la imposibilidad de distinguir hoy con claridad la ofensiva y la defensiva, desplegándose ahora la estrategia instantánea y multipolar en acciones "preventivas", como dicen los militares.

Así, la antigua *tiranía de las distancias* entre seres geográficamente dispersos aquí y allá, cede progresivamente el lugar a esa *tiranía del tiempo real* que no concierne únicamente, como lo pretenden los optimistas, a las agencias de

viaje, sino, sobre todo, a la agencia de empleo, porque cuanto más se incrementa la velocidad de los intercambios, tanto más se extiende la desocupación, se vuelve masiva.

Licenciamiento de la fuerza muscular del hombre en beneficio de la máquina-herramienta, a partir del siglo XIX; después, licenciamiento, desocupación definitiva de su memoria, de su conciencia, con el reciente desarrollo de las computadoras, de las máquinas herramienta de comando numérico, la automatización de la producción posindustrial se redobla con la automatización de la percepción, y después con el diseño asistido por computadora, posibilitado por el mercado de programas informáticos, mientras llega el de la inteligencia artificial.

Ganar tiempo real sobre el tiempo diferido es, pues, entender la aplicación de un procedimiento expeditivo de eliminación física del objeto, del sujeto, en exclusivo beneficio del trayecto, pero de un trayecto sin trayectoria y, por tanto, fundamentalmente incontrolable.

De hecho, la interfaz en tiempo real reemplaza definitivamente al intervalo que no hace mucho había construido y organizado la historia y la geografía de nuestras sociedades, culminando una verdadera cultura de la paradoja en la que todo acontece sin que sea necesario no sólo desplazarse físicamente sino tampoco partir...

¿Cómo no adivinar, tras esa transición crítica, el condicionamiento futuro del medio ambiente humano?

Si la revolución de los transportes del siglo pasado ya había provocado una mutación del territorio urbano en el conjunto del continente europeo, la actual revolución de las transmisiones (interactivas) ocasiona, a su vez, una conmutación del medio ambiente urbano, en el que la imagen preva-

lece sobre la cosa de la que es imagen; al convertirse poco a poco la antigua Ciudad en una aglomeración paradójica, las relaciones de proximidad inmediata ceden el paso a las interrelaciones a distancia.

De hecho, las paradojas de la aceleración son muchas, desconcertantes; en particular, la primera de ellas: el acercar lo "lejano" aleja proporcionalmente de lo "próximo", del prójimo, del amigo, del pariente, del vecino, transformando así en extraños, e incluso en enemigos, a todos los que se encuentran en la proximidad, la familia, las relaciones de trabajo o de vecindad. Esa inversión de las prácticas sociales, manifiesta ya en el ordenamiento de los medios de comunicación (puerto, estación, aeropuerto...), aun se refuerza, se radicaliza, con los nuevos medios de telecomunicación (telepuerto...).

Una vez más observamos, pues, una inversión de la tendencia: allí donde la motorización de los transportes y de la información había provocado una *movilización general* de poblaciones arrastradas en el éxodo del trabajo y, después, del ocio, los medios de transmisión instantánea provocan, a la inversa, una *creciente inercia*, no requiriendo ya la televisión y, sobre todo, la teleacción la movilidad de las personas, sino solamente su movilidad en el lugar.

Telecompra, teletrabajo a domicilio, departamentos e inmuebles cableados, *cocooning*, se dice. A la urbanización del espacio real sucede, entonces, esta urbanización del tiempo real que es, en definitiva, la del cuerpo propio del habitante de la ciudad, *ciudadano terminal* pronto sobreequipado de prótesis interactivas cuyo modelo patológico es el "discapacitado motor" equipado para controlar su medio doméstico sin desplazarse físicamente, figura catastrófica de una individualidad que ha perdido, con su motricidad natural, sus facultades

des de intervención inmediata y que se abandona, a falta de otra cosa mejor, a las capacidades de los captores, de los sensores y de otros detectores a distancia que lo convierten en un ser regulado por la máquina con la cual, se dice, dialoga.³

¿Servir o someter a servidumbre?, ésa es la cuestión. Se corre el riesgo de reemplazar los antiguos servicios públicos por una servidumbre doméstica del que la domótica sería el cumplimiento perfecto. Realización de una inercia domiciliaria, la generalización de las técnicas del *control del medio ambiente* culminaría en el aislamiento comportamental, en el fortalecimiento de una insularidad de la que la ciudad siempre ha estado amenazada, resultando precaria la distinción entre el "islote" y el "gueto".

Extrañamente, las actas de un coloquio internacional acerca de la discapacidad celebrado recientemente en Dunquerque ofrecen muchas similitudes con la situación crítica evocada aquí, como si los recientes imperativos técnicos y económicos de producir *continuo, red*, allí donde todavía existían discontinuidades, operasen una amalgama, una mezcla entre los diversos tipos de movیلidades urbanas: de ahí la idea, ya evocada, de superar la noción de transporte en común en favor de la noción, más amplia, de cadenas de desplazamiento.

Escuchemos la generosa conclusión de François Mitterrand en ese coloquio de Dunquerque: "Es necesario que las ciudades se adapten a sus ciudadanos, y no a la inversa. Abramos la ciudad a los discapacitados. Pido que una política global de la discapacidad sea un eje fuerte de la Europa social".

Si evidentemente todos estamos de acuerdo en cuanto al

3. Paul Virilio, *L'inertie polaire*, París, Christian Bourgois, 1990.

imprescriptible derecho del discapacitado a vivir como los demás y, por tanto, con los demás, no es menos revelador subrayar las convergencias existentes en lo sucesivo entre la movilidad reducida del inválido equipado y la inercia creciente del válido sobreequipado... como si la revolución de las transmisiones llegara a un resultado idéntico, sea el que fuere el estado del cuerpo del paciente, ese CIUDADANO TERMINAL de una Ciudad teletópica en vías de formación acelerada.

Al fin de este siglo, no quedará gran cosa de la extensión de este planeta no sólo contaminado sino también estrechado, reducido a nada por las teletecnologías de la interactividad generalizada.

LA PERSPECTIVA DEL TIEMPO REAL

"Suprimir el alejamiento mata."

RENÉ CHAR

Al lado de los fenómenos de contaminación atmosférica, hidrosférica y otras, existe un fenómeno inadvertido de contaminación de la extensión que propongo llamar "DROMOSFÉRICO", de *drómos*: carrera.

En efecto: la contaminación no afecta únicamente los elementos, las sustancias naturales, el aire, el agua, la fauna o la flora, sino también el espacio-tiempo de nuestro planeta. Reducido progresivamente a nada por los distintos medios de transporte y de comunicación instantánea, el medio geofísico sufre una inquietante descalificación de su "profundidad de campo" que degrada las relaciones del hombre con su medio ambiente. Así, el *espesor óptico del paisaje* decrece rápidamente, terminando en una confusión entre el horizonte *aparente* sobre el que se destaca toda escena, y el horizonte *profundo* de nuestro imaginario colectivo, en favor de un último horizonte de visibilidad, el *horizonte trans-aparente*, fruto de la amplificación óptica (electroóptica y acústica) del medio natural del hombre.

Existe, pues, una dimensión oculta de la revolución de las comunicaciones que afecta la duración, el tiempo vivido de nuestras sociedades.

Es aquí, creo, donde encuentra su límite, su estrechez teórica una cierta "ecología", al abstenerse de un enfoque de los regímenes de temporalidad asociados a los distintos "ecosistemas", en particular los que provienen de la tecnosfera industrial y posindustrial.

Ciencia del mundo finito, la ciencia del medio ambiente humano se priva, voluntariamente al parecer, de su relación con el tiempo psicológico. A la manera de esa ciencia "universal" denunciada por Husserl,¹ la ecología no interroga verdaderamente al diálogo hombre/máquina, la estrecha correlación de los diferentes regímenes de percepción y las prácticas colectivas de comunicación y de telecomunicación.

En una palabra: la disciplina ecológica no se hace demasiado eco del impacto del *tiempo máquina* sobre el medio ambiente, dejando esa preocupación a la ergonomía, a la ecología, e incluso a la sola "política"...

Siempre esa misma desastrosa falta de comprensión del carácter relativista de las actividades del hombre de la modernidad industrial...: es ahí donde interviene entonces la DROMOLOGÍA. A menos que se considere la ecología como la administración pública de las pérdidas y ganancias de las sustancias, de los stocks que componen el medio humano, esa disciplina no puede ya desarrollarse efectivamente sin aprehender también la economía del tiempo de las actividades interactivas y de sus rápidas mutaciones.

1. Edmund Husserl, *La terre ne se meut pas*, París, Minuit, 1989.

Si, según Péguy, *no hay historia sino solamente una duración pública*, el ritmo y la velocidad propios del acontecimiento del mundo debieran dar lugar no solamente a una "sociología verdadera", como lo proponía el poeta, sino también a una auténtica "dromología pública"... no olvidemos nunca, en efecto, que la verdad de los fenómenos siempre está limitada por su velocidad de surgimiento.

Volvamos ahora a los orígenes probables de ese desconocimiento de la rítmica pública.

En un planeta limitado que se convierte únicamente en un gran suelo, la ausencia de resentimiento colectivo ante la contaminación dromosférica procede del olvido del *ser del trayecto*. A pesar de los estudios y de las discusiones recientes acerca del encierro y de las privaciones carcelarias que afectan a tales o cuales poblaciones privadas de su libertad de movimiento —régimen totalitario o penitenciario, bloqueo, estado de sitio, etc.— parece que somos aún incapaces de considerar con seriedad esta *cuestión del trayecto*, salvo en los dominios de la mecánica, la balística o la astronomía...

Objetividad, subjetividad, por cierto, pero nunca *trayectividad*.

A pesar de la gran cuestión antropológica del nomadismo y del sedentarismo, que aclara el nacimiento de la Ciudad como forma política fundamental de la Historia, es poca la comprensión del carácter vectorial de la especie trashumante que somos, de su corografía. Entre lo subjetivo y lo objetivo, no hay lugar, según parece, para lo "trayectivo", ese ser del movimiento de aquí hacia allá, de uno a otro, sin el cual nunca accederemos a una comprensión profunda de los distintos regímenes de percepción del mundo que se han sucedido en el curso de las edades, regímenes de visibilidad de las apa-

riencias ligados a la historia de las técnicas y de las modalidades del desplazamiento, de las comunicaciones a distancia, entrañando la naturaleza de la velocidad de los movimientos de transporte y de transmisión una trasmutación de la “profundidad del campo”² y, por tanto, del espesor óptico del medio ambiente humano, y no sólo una evolución de los sistemas migratorios o de poblamiento de tal o cual región del globo.

Hoy se plantea, pues, la problemática de la *amplitud residual* de la extensión del mundo, frente a la superpotencia de los medios de comunicación y de telecomunicación: velocidad límite de las ondas electromagnéticas por una parte, y, por la otra, limitación, reducción drástica de la extensión del “gran suelo” geofísico por efecto de los transportes subsónicos, supersónicos y, pronto, hipersónicos.

Como lo explicaba recientemente el físico Zhao Fusan: “Los viajeros contemporáneos juzgan el mundo cada vez menos exótico; no obstante, se equivocarían si creyeran que se torna uniforme”.

Es el fin del mundo exterior; el mundo entero se vuelve de pronto endótico; un fin que implica tanto el olvido de la exterioridad espacial cuanto el de la exterioridad temporal (*now future*), en favor únicamente del instante “presente”, de ese instante real de las telecomunicaciones instantáneas.

¿Para cuándo las sanciones jurídicas, una limitación de la velocidad no en tanto causa probable de accidente, sino en razón de los peligros corridos de agotamiento de las distancias de tiempo y, por tanto, de amenaza de inercia o, dicho de otro modo, de accidentes de estacionamiento?

“¿De qué le serviría a un hombre ganar el mundo entero

si ha de perder su alma?” Recordemos que *ganar* también quiere decir tanto *llegar*, alcanzar, como conquistar o poseer... perder su alma, *anima*, es decir, el ser mismo del movimiento.

Históricamente nos hallamos, pues, ante una especie de clivaje del conocimiento del *ser en el mundo*: por una parte, el nómada de los orígenes para el que dominan el *trayecto*, la trayectoria del ser. Por la otra, el sedentario para el que prevalecen el *sujeto* y el *objeto*, movimiento hacia lo inmueble, lo inerte, que caracteriza al “civil” sedentario y urbano, opuesto al “guerrero” nómada.

Movimiento que se amplía hoy a consecuencia de las tecnologías del control remoto y de la telepresencia a distancia para rematar pronto en un estado de última sedentariedad en el que el control del medio ambiente en tiempo real prevalecerá sobre el ordenamiento del espacio real del territorio.

Sedentarismo terminal y definitivo, consecuencia práctica del advenimiento de un tercero y último horizonte de visibilidad indirecta (tras el horizonte aparente y profundo), *horizonte trans-aparente*, fruto de telecomunicaciones que entreabre la posibilidad inaudita de una “civilización del olvido”, sociedad de un “*en directo*” (*live coverage*) sin futuro y sin pasado, por ser sin extensión, sin duración, sociedad intensamente presente aquí y allá; dicho de otra manera, *telepresente en el mundo entero*.

Pérdida del relato del trayecto y, por tanto, de la posibilidad de una interpretación cualquiera, que se redoblaría en una repentina pérdida de la memoria, o, más bien, del desarrollo de una paradójica *memoria inmediata*, ligada a la omnipotencia de la imagen. Una *imagen en tiempo real* que no sería ya una información concreta (explícita) sino discreta (implícita), especie de iluminación de la realidad de los hechos.

2. Paul Virilio, *L'espace critique*, París, Bourgois, 1984.

Así, tras la línea del horizonte aparente, primer horizonte del paisaje del mundo, el horizonte *al cuadrado* de la pantalla (tercer horizonte de visibilidad) vendría a parasitar el recuerdo del segundo horizonte, ese horizonte profundo de nuestra memoria de los lugares y, por tanto, nuestra orientación en el mundo, confusión de lo cercano y lo lejano, del adentro y el afuera, trastorno de la percepción común que afectaría gravemente las mentalidades.

Si la Ciudad tópica estaba otrora constituida en torno de la "puerta" y del "puerto", la *metaciudad* teletópica se constituye en lo sucesivo en torno de la "ventana" y del telepuerto, esto es, en torno de la pantalla y de los segmentos horarios de las transmisiones.

Más diferimiento, *más relieve*: el volumen no es ya la realidad de las cosas; ésta se disimula en la chatura de las figuras. Desde ahora, el tamaño natural ya no es el patrón de lo real; este último se oculta en la reducción de las imágenes de la pantalla. Como una mujer apenada por estar gorda, por haber engordado, la realidad parece pedir disculpas por tener un relieve, un espesor cualquiera.

"Si *el intervalo* se adelgaza, si se vuelve "infradelgado", transformándose bruscamente en *interfaz*, las cosas, los objetos percibidos, se transforman de la misma manera, y pierden su peso, su densidad.

Con la "ley de proximidad" (electromagnética), lo lejano prevalece sobre lo cercano, y las figuras sin espesor, sobre las cosas al alcance de la mano. El árbol frondoso *percibido cuando se está detenido* no es ya el árbol de referencia del reino vegetal, sino únicamente el que desfila en el desorden de una percepción estroboscópica.

"Los que creen que pinto demasiado rápido, me miran demasiado rápido", escribía ya Van Gogh..., la clásica fotografía no es más que una *imagen detenida*. Con la declinación de los volúmenes y de la extensión de los paisajes, la realidad se torna secuencial, el desfile cinemático le toma finalmente la delantera a la estática y la resistencia de los materiales.

Se ha afirmado con frecuencia que el vértigo era causado por la visión de las verticales en fuga... ¿será la perspectiva del espacio real del Renacimiento italiano una primera forma de vértigo nacida del horizonte aparente, un *vértigo horizontal* provocado por la detención del tiempo en la intersección de las líneas de fuga?

En un importante texto de 1947, Giulio Carlo Argan escribía: "El principio de la intersección fue, pues, aplicado al tiempo antes de ser aplicado al espacio —a no ser que esa nueva concepción del espacio sea sencillamente la consecuencia de la detención brusca del tiempo".³

¿No habrá sido, pues, el famoso relieve perspectivista del Quattrocento otra cosa que un *vértigo* provocado por la detención del tiempo en el instante real del punto de fuga?

La inercia de ese PUNCTUM en la intersección de las líneas de fuga ¿estará, pues, en el origen de esta perspectiva del espacio real?

Perspectiva dominante aún por poco tiempo. *El relieve es el alma misma de la pintura*, escribía Leonardo da Vinci. Y recuérdese la polémica entre Augusto Rodin y Paul Gsell a propósito de la veracidad de la instantánea fotográfica; el escultor declaraba: "No, es el artista el que es veraz, y es la fo-

3. G. C. Argan y R. Wittkower, *Perspective et histoire au Quattrocento*, París, La Passion, 1990.

tografía la que miente, pues en la realidad el tiempo no se detiene".⁴

El tiempo de que aquí se trata es el tiempo de la cronología, el tiempo que no se detiene, que fluye perpetuamente; es el acostumbrado tiempo lineal. Ahora bien: lo que las técnicas de la fotosensibilidad aportaban de novedoso y que Rodin aún no había advertido, es que la definición del tiempo fotográfico no era ya la del tiempo que transcurre, sino esencialmente la de un tiempo que se expone, que "hace superficialmente" un tiempo de exposición que sustituye desde entonces al tiempo de la sucesión clásica. El tiempo de la repentina *to-ma de imágenes* es, pues, desde el origen el TIEMPO-LUZ.

El tiempo de exposición de la placa fotográfica no es, pues, sino la exposición del tiempo, del espacio-tiempo de su materia fotosensible, a la luz de la velocidad, esto es, en definitiva, a la frecuencia de la onda portadora de los fotones. Así pues, lo que el escultor no observa es que sólo la *superficie* del cliché detiene el tiempo de la representación del movimiento.

Con el fotograma instantáneo que hará posible la invención de la secuencia cinematográfica, *el tiempo ya no se detendrá*. La banda, la bobina del filme y, más tarde, la casete de video en *tiempo real* de la televigilancia permanente, ilustrarán esta innovación inaudita de un *tiempo-luz* continuo; dicho de otro modo, la invención científica más grande desde el descubrimiento del fuego, de una luz indirecta que reemplaza a su vez a la luz directa del sol o a la luz eléctrica, tal como esta última había reemplazado a la luz del día.

En la actualidad, la pantalla de las emisiones televisivas en tiempo real es un filtro ya no monocromático, como el co-

4. Auguste Rodin, *L'Art*, entrevistas reunidas por P. Gsell, París, Grasset, 1911.

nocido filtro de los fotógrafos, que no deja pasar más que un solo color del espectro, sino un filtro *monocrónico* que no dejar entrever más que el presente. Un *presente intensivo*, fruto de la velocidad-límite de las ondas electromagnéticas, que no se inscribe ya en el tiempo cronológico, pasado-presente-futuro, sino en el tiempo cronoscópico: subexpuesto-expuesto-sobreexpuesto.

La perspectiva del tiempo real del horizonte *trans-apariente* del video no existe, pues, sino por la inercia del instante presente, allí donde la perspectiva del espacio real del horizonte *aparente* del Quattrocento no subsistía sino por una síncope, detención del tiempo, vértigo del corazón de ese cuerpo del que Maurice Merleau-Ponty nos decía: "El cuerpo propio está en el mundo como el corazón en el organismo: mantiene continuamente vivo el espectáculo visible, lo anima, lo alimenta y forma con él un sistema".⁵

"Detención del tiempo" en la intersección de las líneas de fuga de la geometría perspectiva. Detención del tiempo en la instantánea fotográfica y, finalmente, detención del tiempo en el instante real de la televisación directa... Bien parece que el relieve del mundo (o, más exactamente, su alta definición) no es más que el efecto de una imperceptible *fijación del presente*. Una fijeza picnoléptica, ausencia infinitesimal de duración sin la cual el espectáculo de lo visible sencillamente no tendría lugar.

Un poco como la luz de las estrellas lejanas es desviada por una masa imponente, propiciando la ilusión de la óptica gravitacional, ¿será nuestra percepción del relieve una especie de "*caída a ojo*", comparable a la de los cuerpos según la ley de la gravitación universal? Si ése fuera el caso, la pers-

5. Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, París, Gallimard, 1945.

pectiva del espacio real del Quattrocento habría sido un primer indicio científico de ello. En efecto, desde ese período de la historia, la óptica se vuelve cinemática, y Galileo proporcionará la prueba de ello, frente a todos y contra todos. Con los perspectivistas del Renacimiento, “caemos” en el volumen del espectáculo visible de una manera gravitacional; literalmente, el mundo *se entreabre* ante nosotros... Mucho más tarde, los fisiólogos descubrirán que *cuanto más rápidamente nos desplazamos*, la acomodación ocular se produce *más lejos*. Desde entonces, el famoso “vértigo de las líneas de fuga” se redobla con esta proyección de la *puesta a punto* de la mirada.

Para ilustrar este ensanchamiento repentino de la visión, consecutivo del incremento de la velocidad, escuchemos el relato de un paracaidista, especialista en caída libre:

“La ‘caída a ojo’ consiste en apreciar visualmente, durante toda la caída, la distancia a la que uno se encuentra del suelo. La evaluación de la altura y la apreciación del momento exacto en que es necesario abrir el paracaídas, resultan de una *impresión visual dinámica*. Cuando se vuela en avión a 600 metros de altura, no se tiene en modo alguno la misma impresión visual que cuando se atraviesa esa altura en caída vertical, a gran velocidad. Cuando uno se encuentra a 2.000 metros, no se advierte que el suelo se aproxima. En cambio, cuando se llega más o menos a una altura de entre 800 y 600 metros, se comienza a verlo ‘venir’. Rápidamente la sensación se vuelve bastante horrorosa, pues el suelo se precipita hacia uno. El diámetro aparente de los objetos crece cada vez más rápido y de pronto se tiene la sensación de verlos, ya no acercarse, sino no alejarse bruscamente, como *si el suelo se hendiese*”⁶.

6. M. Dufourneaux, *L'attrait du vide*, París, Calmann-Lévy, 1967.

Este testimonio es muy valioso, pues ilustra de manera verdaderamente gravitatoria el vértigo de la perspectiva, su pesantez aparente. Con esa “caída a ojo”, la geometría perspectiva aparece como lo que siempre fue: *una precipitación de la percepción* en la que la rapidez misma de la caída libre deja ver el carácter fractal de la visión que resulta de la acomodación ocular a gran velocidad.

En esta experiencia, a partir de determinada distancia, de determinado momento, el suelo ya no se acerca: se aleja, se hunde, pasando bruscamente de una dimensión “entera”, *sin líneas de fuga*, a una dimensión “fraccionaria”, en la que el espectáculo visible se entreabre.

Aun cuando parece humanamente imposible experimentar hasta el final esa caída a ojo, es claro, no obstante, que en ella la visión depende estrechamente de la gravedad.

La perspectiva *precipitada* ya no es tanto la del espacio real, vertical u horizontal, de los geómetras italianos: es, ante todo, la del tiempo real de la caída de los cuerpos. El horizonte de visibilidad del “que cae”, antes del choque final, depende esencialmente de la rapidez de su acomodación ocular, puesta a punto y detención imperceptible del tiempo, que dependen de la masa misma de su cuerpo. *El ser del trayecto define la percepción del sujeto a través de la masa del objeto*. La caída del cuerpo se convierte de pronto en el *cuerpo de la caída*.

Si el aislamiento deforma la perspectiva, aquí, el aislamiento es el del instante de una precipitación en la atracción terrestre... la perspectiva no es ya tanto la del espacio, sino la del tiempo que queda, ese “tiempo de caída” que depende íntimamente de la gravedad.

Bruscamente, todas las dimensiones geométricas se encadenan: primero, el suelo parece VENIR, y después ABRIRSE. A la llegada de una *superficie* le sucede el alejamiento de las

líneas de fuga de un *volumen*, para pasar al aplastamiento del *punto* de caída; en cuanto a la *línea*, es el hombre, el ser del trayecto de una caída libre de toda resistencia.⁷

Ejercicio peligroso si los hay, para probar la impresión visual dinámica; dicho de otro modo, la ÓPTICA CINEMÁTICA.

Extrañamente, en la actualidad un número creciente de adeptos comparte la atracción del vacío y sus sensaciones extremas: salto al elástico, *surf* aéreo, *base-jump*, etcétera, como si la perspectiva acelerada prevaleciera ya sobre la perspectiva pasiva de los perspectivistas... experimentos suicidas de la inercia de un cuerpo arrastrado por su masa sin el auxilio de ningún apoyo, excepto el del aire, en el viento relativo de un desplazamiento vertiginoso sin otra meta que la experiencia de un cuerpo pesado.

En tierra, la *velocidad de liberación* es de 11,200 kilómetros por segundo. Por debajo de esa aceleración, todas las velocidades están condicionadas por la atracción terrestre, incluida la de nuestra visión de las cosas. Fuerza centrífuga y centrípeta por una parte, resistencia al avance por otra parte, todo movimiento de desplazamiento físico, horizontal o vertical, depende, pues, de la fuerza de gravedad en la superficie del globo.

¿Cómo no intentar estimar entonces la interacción de esa gravedad con nuestra percepción del paisaje mundano?

7. Los paracaidistas especializados en caída libre suelen llevar consigo una bolsita de talco o un cohete para materializar a los ojos de los espectadores en tierra, esa *línea de caída*, inmediatamente antes de abrir su paracaídas.

Si la luz es desviada, en la proximidad de una masa importante, por la gravitación universal, ¿no influirá esa misma atracción (cuya velocidad es igual, recordémoslo, a la de las ondas electromagnéticas) en las apariencias del mundo, ese espectáculo de lo visible de que hablaba Merleau-Ponty? ¿Cómo imaginar, en efecto, una perspectiva espacial, atmosférica, cualquiera tras la pérdida de los referentes “arriba” y “abajo”? al igual que la separación entre lo “cercano” y lo “lejano”, sin la resistencia al avance?

Los astronautas ya han experimentado en su verdadera magnitud el desorden de los sentidos y de la orientación ocasionado por la ingravidez... reconocer hoy ese estado de hecho es, inmediatamente, intentar reinterpretar la perspectiva geométrica a la italiana.

Si en la intersección de las líneas de fuga se entreabre, a partir del Quattrocento, el espectáculo visible, es por la fuerza de la atracción terrestre, y no sólo por un efecto de convergencia, el estrabismo de una métrica de las apariencias sensibles del que los artistas italianos estaban ávidos. La organización de ese nuevo horizonte aparente dependía ya del tiempo, de esa *detención del tiempo* del punto de fuga, magistralmente analizado por Argan. Hoy, la reorganización en curso de las apariencias y la emergencia cercana de un último horizonte de visibilidad constituido por la transparencia de las apariencias *instantáneamente* transmitidas a distancia, no puede realizarse sino por la superación de esa limitación surgida de la fuerza de gravedad.

A la inversa de la perspectiva del espacio real de la geometría, la perspectiva del tiempo real no está ya limitada por la gravedad terrestre; el horizonte *trans-aparente* de la pantalla de la televisión directa escapa de la gravitación fundándose en la propia velocidad de la luz.

Si la pantalla posee —a la manera de las imágenes que ella transmite instantáneamente— propiedades ópticas y geométricas que la emparentan con una ventana o con el marco de un cuadro, la constitución de su *información videoscópica* depende sobre todo de una aceleración, no limitada por la fuerza de la gravitación, de 300.000 kilómetros por segundo.

“La detención del tiempo” en la intersección de las líneas de fuga del Quattrocento cede el lugar, entonces, a una imperceptible videotrama (ver aquí la búsqueda de una alta definición de la imagen); la única *detención* es, por tanto, la de una ausencia picnoléptica del *instante presente*; detención imperceptible asimismo de la atención del teleespectador que le evita la alucinación de una secuencia sin fin... “Hay que acostumbrarse a ello, señalaba Einstein, *no hay punto fijo en el espacio*”, solamente la inercia del instante real que le da forma al *presente viviente*. Una duración psicológica sin la cual no existiría ninguna aprehensión del mundo, ningún paisaje mundano.

Pero volvamos al origen de la última de las contaminaciones: *la contaminación dromosférica*.

Si la influencia hegemónica de la cultura técnica se paga y se impone en nuestro planeta y conlleva una aparente expansión territorial, existe una cara oculta de ese desarrollo. En efecto: como decía Samuel Beckett: “El arte tiende, no hacia una expansión, sino hacia una contracción”.

El desarrollo mismo de los vehículos y de los distintos vectores de progresión conlleva una imperceptible contracción telúrica del mundo y de nuestro medio ambiente inmediato. La imperceptible “detención del tiempo” en la intersección de las líneas de fuga de la perspectiva cede entonces el paso a una “detención del mundo”, esto es, a una imperceptible retención de su extensión y de su diversidad regio-

nal. Si el vértigo del espacio real era causado por la visión —la “caída a ojo”— de las verticales en fuga, perspectiva acentuada por la anticipación de una caída en el vacío, actualmente, para el mirón-viajero [*voyeur-voyageur*] ultrarrápido, pero sobre todo para el teleespectador, el vértigo del tiempo real es ocasionado por la inercia, la *contracción en el mismo sitio* del cuerpo del espectador-pasajero.

La velocidad del nuevo medio electroóptico y acústico se transforma en el último VACÍO (el vacío de lo veloz), un vacío que no depende ya del intervalo entre los lugares, las cosas, y, por tanto, la extensión misma del mundo, sino de la interfaz de una transmisión instantánea de las apariencias lejanas, de una retención geográfica y geométrica en la que desaparece todo volumen, todo relieve.

Es la crisis o, más exactamente, el accidente del *espesor óptico* del espectáculo visible y de los paisajes. Como lo escribía Théodore Monod: “Nada hay tan agobiante como ver ya, desde el sitio que se abandona, el que se alcanzará por la noche o a la mañana siguiente”.

Pérdida de vista o, más bien, “pérdida de tierra”, en una caída de nuevo género que es también una forma de contaminación de la extensión, de ese “arte del trayecto” que practicaba el nómada, forma particular de un vértigo causado por la profundidad del campo del horizonte aparente del espectáculo del mundo.

Con el sedentario contemporáneo de la gran metrópolis, la contracción en el mismo sitio no solamente afecta, como otrora, el área de desplazamiento y de la actividad productora: afecta, primeramente, el cuerpo de ese válido sobreequipado de prótesis interactivas cuyo modelo ha pasado a ser el inválido equipado para controlar su entorno sin desplazarse físicamente.

La contaminación dromosférica es, pues, la que afecta la

vivacidad del *sujeto*, la movilidad del *objeto*, cuyo trayecto atrofia al punto de volverlo inútil. Discapacidad fundamental, resultado a la vez de la *pérdida del cuerpo locomotor* del pasajero, del telespectador, y de la pérdida de esa tierra firme, de ese gran suelo, terreno de aventura de la identidad del ser en el mundo.

LA GRAN OPTICA

“Cuanto más se perfeccionen los telescopios, más estrellas habrá.”

GUSTAVE FLAUBERT

¿Qué hay del desdoblamiento de la visión, de la emergencia de una segunda óptica, la que hace posible hoy la TELECONFERENCIA entre Tokio y París?

Algunos han hablado, a este respecto, hace ya algunos años, *de un agujero en el espacio*; otros, más recientemente, *de un hueco en el tiempo*, el tiempo real de la transmisión instantánea de acontecimientos históricos, en particular, de la Guerra del Golfo. Esta vacilación semántica parece característica del trastorno de la percepción que afecta en lo sucesivo a nuestras sociedades ante el progreso de las teletecnologías, y la declinación de la importancia de la óptica geométrica, *óptica pasiva* del espacio de la materia (del vidrio, del agua, del aire...), que no da cuenta, en definitiva, más que de la proximidad inmediata del hombre.

Llamaremos a esta última la *pequeña óptica*, para reservar a la óptica ondulatoria, ÓPTICA ACTIVA del tiempo de la velocidad de la luz, el nombre de *gran óptica*, puesto que ésta va más allá de la noción clásica de horizonte.